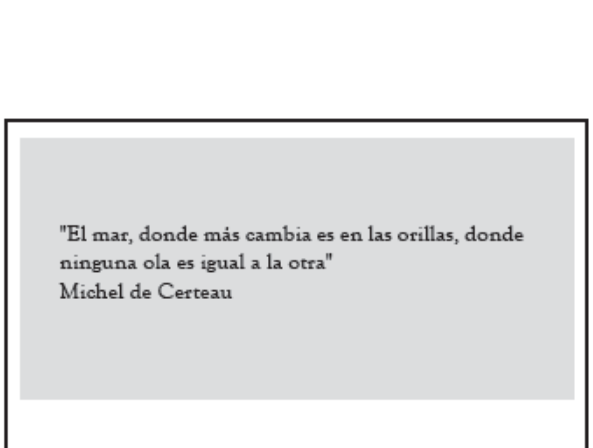
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

NÚMERO

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

51

Marzo 1998

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

Por una identidad nacional libre y autogestionaria (*).

Tatiana Lobo (**)



Estaba yo en Puerto Viejo cuando me vinieron a avisar que mi amiga, Adela Mirtala Pita Morales, se estaba muriendo. Adela es una anciana bribri a la que conozco hace más de veinte años y a la que debo y quiero mucho.

Enrollé mi hamaca y partí a lo que supuse era la despedida final. Iba yo muy triste, muy acongojada; tomé un bus, me bajé en Bribri y caminé una media hora. Crucé el río Watsi y llegué al rancho de Adela, al que le dicen Rancho Grande por su gran tamaño: rancho no para albergar a una familia sino para cobijar a todo un clan. Junto a la casa de palma y maquengue de mi amiga, había una pequeña construcción de madera cerrada; ésa es la ermita que los mismos indios levantaron para que un sacerdote católico fuese allí a hablarles de Dios, pero como nuestra jerarquía eclesiástica anda más preocupada por la estética capilar que por la atención espiritual de sus feligreses, el cura llegó un par de veces y no volvió nunca más.

La casa de mi amiga estaba silenciosa, no se veían niños jugando porque sus hijos y sus nietos se trasladaron a vivir junto a la carretera para disfrutar de los beneficios del "progreso": la electricidad y el monóxido de carbono. Me topé con un indio viejo y desconocido durmiendo a pierna Suelta; eran las diez de la mañana y pensé: "que indio tan vago durmiendo a estas horas". Más allá encontré a mi amiga en su hamaca; se veía muy débil, tenia los ojos algo apagados pero estaba serena y tranquila. Me contó que la habían llevado al hospital de Limón, que allí la habían pinchado innumerables veces, que le habían metido una manguera por la boca y que le habían perforado las venas para introducirle un liquido sospechoso que salía de una bolsa colgada de un raro artefacto. Después de torturarla así, me contó, los médicos de gabacha blanca la devolvieron a su casa. Entonces apareció el marido de mi amiga, tan anciano como ella, y me contó que, como la medicina de los blancos no había dado resultado, se fue en larga caminata de dos días montaña arriba a buscar un awa, un sukia, por los

alrededores de San José Cabécar, donde dicen que viven los últimos shamanes bribris. Ese era el indio durmiente que yo había visto al entrar; pedí que me lo presentaran pero me dijeron que no lo podían despertar porque necesitaba descanso antes de comenzar su larga terapia. Pregunté qué era lo que iba a hacer el shamán, y me dijeron que esa tarde caminaría por la montaña buscando las hierbas necesarias para la curación y que luego cantaría durante la noche. Me dijeron que el shamán se quedaría toda una semana haciendo su trabajo: sus medicaciones con yerbas y su canto nocturno, y que luego se marcharía a cambio de un par de gallinas, de un cerdito o, quizás, cobraría unos tres mil colones.

Tuve la tentación irresistible de quedarme a presenciar la terapia, pero no por una curiosidad científica, no por una curiosidad de antropólogo, sino para escuchar ese canto con el que el shamán invocaría a las fuerzas cósmicas, a las fuerzas naturales, para que lo ayudaran a sanar a la enferma. Tenía yo el oculto propósito de colarme de contrabando en el canto del shamán para buscar alivio a unas migrañas que me envenenan la vida. Además, estaba también el goce estético que semejante canción habría de producirme allí, en ese ambiente selvático con el cuyeo, las chicharras y el murmullo del río como acompañamiento musical. Para colmo de tanta belleza, la luna sería en creciente.

Pero no me quedé. Pensé que mi presencia, racional y cartesiana, podía ser una interferencia en la terapia del shamán. Me despedí después de dejarle a mi amiga la hamaca de mi uso personal y me fui en paz. "Si Adela se va a morir —me dije— no lo hará sola, el canto del shamán irá con ella". Mientras cruzaba el río pensé en el abandono solitario y cruel de los enfermos de sida en sus camas de hospital, y pensé entonces que la cultura de un pueblo se mide no sólo por la calidad de la vida sino también por la calidad de la muerte. Y con estos pensamientos abandoné la barbarie y regresé a la civilización.

Esto que acabo de relatar del shamán que canta de noche y de la vieja india que se extingue parece muy exótico, pero sucedió a sólo cuatro horas de San José; Miami queda mucho más lejos, y Miami nos es muy familiar. Entonces, el que la cultura indígena de nuestro propio país nos sea tan desconocida, nos parezca tan exótica, es por obra de la miniglobalización que, desde los albores de Occidente, viene haciendo el Estado-Nación con las pequeñas naciones que lo componen. El Estado-Nación es como un perrito: se orina en todo para marcar su territorio (para que luego los gobernantes puedan vender la soberanía). Y después, comienza a homogeneizar: pasa su rasero cultural para mejor controlar, para dominar, para gobernar; cuando el nacionalismo del Estado-Nación y el nacionalismo de las pequeñas naciones que lo componen, entran en conflicto porque no se ha producido una convivencia armónica, es cuando estalla Bosnia, cuando revientan Chiapas, Guatemala, Chechenia, Irlanda, las naciones africanas.

"Una Nación, una religión", decía Isabel la Católica cuando inventó la Inquisición para unificar a España. Como ustedes ven, la globalización tiene antecedentes bastante antiguos. Los globalizadores contemporáneos ahora dicen: "Un planeta y un consumo". Hasta el Estado-Nación desaparece en las fauces del libre comercio, y el mundo se divide entre consumidores y productores. Los que mandan, por supuesto, son los productores: los enormes consorcios, las gigantescas transnacionales: igualdad en el consumo, desigualdad en las oportunidades.

Para damos cuenta de cuan equivocada está la fórmula de los tecnócratas, debemos aclarar porqué la diversidad cultural no es cosa de romanticismo añejado y nostálgico, sino un asunto de cosa práctica para la supervivencia de la especie humana. Y aquí es donde llegamos al eje de este coloquio: la identidad cultural. La identidad cultural es el producto de sabidurías y placeres acumulados de generación en generación, algo que nos da seguridad, sentido de pertenencia. La identidad cultural no la hace nadie en particular, es la suma espontánea de muchas personas y de muchas dudas, y también de algunas certidumbres que se desprenden de lo cotidiano: de la lengua común, del clima, del medio ambiente, de las necesidades espirituales y materiales. La identidad cultural es un estilo de vida tejido por la historia común de la colectividad con paciencia de minutos convertidos en siglos.

Quienes creen que la economía transnacionalizada, al borrar las diferencias culturales, nos convertirá en ciudadanos planetarios, en un tipo de humanos tolerantes y democráticos, se equivocan; se equivocan porque es precisamente la diversidad lo que nos hace tolerantes, porque reconocemos en nuestro derecho a ser diferentes también el derecho del otro a ser distinto. Y esto sí es democracia.

La identidad del individuo descansa sobre la identidad del grupo al que pertenece, y todos sabemos muy bien que cuando el individuo pierde su identidad se vuelve loco y hay que internarlo en un manicomio, y aplicarle electroshocks y todas esas cosas horribles que la ciencia occidental ha inventado para disimular su fracaso.

Si todos nos hacemos igualiticos en los gustos (que no en el bolsillo), como ya no nos diferenciamos, tampoco nos reconocemos. En este juego del consumo por parejo va toda la humanidad diluyéndose en un mismo sobre de sopa Maggi. Que la humanidad entera nadando en la misma sopa va a ser muy feliz, va a estar muy satisfecha, es una tremenda falacia. Ni aún cuando el modelo occidental fuese el mejor y el más logrado, la experiencia de la vida no es privativa de Occidente. La criatura humana ha encontrado muchas otras maneras diferentes de resolver los problemas de la existencia. Entonces, si todos nos vestimos, amamos, peinamos y comemos lo mismo, nos quedamos sin nadie con quien intercambiar conocimientos, sin nadie con quien intercambiar experiencias; para decirlo en buen tico, nos quedamos sin nadie de dónde agarrar volados para mejorar la calidad de la vida. Por eso es que tenemos que darle a la humanidad la oportunidad de hacer tentativas culturales variadas, para poder intercambiar nuestros descubrimientos.

Pero quedémonos en Costa Rica, puesto que es aquí donde intentamos sobrevivir. Es cierto que no está en el individuo incidir sobre la identidad cultural, que es un asunto del transcurrir de la historia y de un grupo en su conjunto. Pero si podemos influir en la identidad nacional, porque ésta es de por sí una

creación artificial: la identidad nacional es un invento del Estado que comienza por signos unificadores como la bandera nacional, el himno nacional, los héroes nacionales, etc. En la construcción de una identidad nacional sí que los artistas, los escritores, los intelectuales podemos intervenir. Debemos intervenir. Ya hemos estado interviniendo. Ahora tenemos un reto muy bonito para evitar que nos conviertan en los esclavos anónimos de la economía de mercado. Como las fronteras del Estado costarricense ya están marcadas, podemos trabajar dentro del territorio, y de esta manera nos fortalecemos como cultura y como Nación. Esto ya se ha hecho, sólo que, salvo excepciones, bajo la dependencia del poder central, y ahora hay que hacerlo en forma autogestionaria y libre. El Estado está obsoleto y ya no es confiable, además no tiene plata. Pero quien quita, quizás la utopía de la globalización colapse y el Estado vuelva a florecer. Por lo pronto, la libertad de la autogestión nos permitirá sacudirnos unos cuantos mitos dañinos impuestos por el Estado que nos perturban desde hace añales.

Yo no tengo propuestas concretas para una agenda nacional de cultura, porque entiendo muy poco de agendas. Lo que traigo como aporte es la base, el sustento sobre el cual diseñar esa agenda. Voy a ser muy clara, muy sincera, porque ya no está la Magdalena para tafetanes, y porque esto de la globalización nos está atrapando muy vulnerables, muy indefensos, muy frágiles.

Tomando en cuenta que toda América Latina tiene una identidad a medio fraguar, a medio cocinar, como consecuencia de su ininterrumpido coloniaje, propongo que contribuyamos a la construcción de una cultura nacional ampliando las fronteras ticas más allá de las montañas de la Meseta, abriendo espacios a los grupos periféricos y marginales, al sector afrocaribeño, al indígena, al guanacasteco, quienes, a pesar de todo, todavía conservan identidades culturales mucho más definidas, ricas y fuertes que el miamisado Valle Central.

Después, propongo que se supere la autocomplacencia en nuestros mitos, porque estos mitos, por equívocos y fraudulentos, nos han impedido fortalecer la identidad. Por lo tanto, debemos ser exigentes en la autocrítica, para que podamos eliminar aquellos defectos que tienen consecuencias muy dañinas, como por ejemplo:

- hay que hacer un esfuerzo por quebrar las argollas culturales creadas por los partidos políticos, porque éstas alimentan la inseguridad y la suspicacia, fomentando un ambiente malsano y muy poco propicio para la creación individual y colectiva, y muy favorable a la mediocridad general;

- hay qué hacer conciencia del racismo, él machismo y la xenofobia, porque impiden aprovechar el talento de las mujeres, de los negros, de los indios y de los extranjeros que comparten los destinos de la Nación;

- hay que desenmascarar las falsedades de la historia oficial haciendo una relectura de la historia Patria. Costa Rica nunca ha sido excepcional, ni pacífica ni democrática; como todos los países latinoamericanos ha estado sujeta al fraude, a violencias más o menos encubiertas, a profundas desigualdades políticas y económicas. La vida política nuestra es un partido de fútbol en el que la bola del poder nunca llega a las graderías;

- hay que desconfiar del aplauso oficial, porque éste premia la sumisión, no la rebeldía, y también hay que armarse de valor para resistir los castigos cuando queremos hacer valer la inteligencia, el talento y la libertad de expresión; estos castigos ya han cobrado muchas victimas valiosas, y si en esto me equivoco, que me desmientan Yolanda Oreamuno, Eunice Odio, Max Jiménez y que me desdigan todos los que se marcharon y no volvieron nunca más, como Francisco Zúñiga y muchos más.

No hay que afanarse tanto por el prestigio en vida; debemos retomar la concepción amplia de la existencia humana. El arte y el pensamiento también tienen interlocutores que todavía no han nacido, porque si no ponemos la mirada en el futuro, estamos cayendo en la trampa que nos tiende un sistema que hace del inmediatismo, del hoy y del ahora, la más monstruosa ideología de la muerte que la estupidez humana haya sido capaz de imaginar. Y, si se cree que exagero en cuanto a “ideología de la muerte", que lo digan la contaminación, la deforestación y el armamentismo.

Ante el proceso de globalización, proceso suicida elaborado por la mente patológica de los tecnócratas, la construcción de nuestra identidad nacional, integral, libre y autogestionaria es sinónimo de supervivencia. Y aquí viene bien una frase de Eduardo Galeano, que puede servir de brújula para diseñar una agenda nacional de cultura. Dice:

LA IDENTIDAD NO ES UNA PIEZA DE MUSEO QUIETECITA EN UNA VITRINA, SINO LA SIEMPRE ASOMBROSA SÍNTESIS DE LAS CONTRADICCIONES NUESTRAS DE CADA DÍA.

Por esa síntesis debemos trabajar.

(*) Transcripción de la intervención en la esa redonda Aportes de los artistas a una agenda nacionald e cultura, realizada en el contexto del coloquio “La voz de los artistas al final del milenio”. El título ha sido colocado por la redacción del Suplemento Cultural.

(**) Escritora costarricense de origen chileno.

La proyección externa del pintor nacional (*). José Miguel Rojas (**)



En el campo de la plástica, la situación es bastante similar a lo que ocurre en el campo de la danza y la música. Mi preocupación básica es ¿cómo hace el artista para proyectarse hacia el exterior? Al respecto, me he hecho tres preguntas que considero fundamentales:

¿Cómo hace le artista para proyectarse fuera de nuestras fronteras?

¿Cómo hace el artista para promover su obra en el exterior?

¿Con qué tipo de ayuda institucional o privada cuenta para esto?

Como artista yo respondería que esa labor la lleva a cabo solo, sin ayuda de ningún tipo; esto lo he experimentado tanto personalmente como por lo que he podido observar de la actividad de colegas. De aquí surge la preocupación de que los artistas en nuestra sociedad (y podríamos aventurar que en el mundo entero) no son individuos que producen únicamente para si mismos, sino que necesitan promover su obra tanto dentro como fuera de sus países, pero para ello necesitan de un apoyo (galería o institución) que los represente. Esto es claro en países desarrollados y ningún artista serio en Europa o Estados Unidos se promueve profesionalmente solo, sino por medio de alguna galería. Esto es muy importante en el caso de los artistas plásticos para lograr representación en bienales y certámenes internacionales de importancia.

Lamentablemente, los medios de comunicación poco o nada han hecho en cuanto a la divulgación y proyección de los artistas nacionales fuera del país, a diferencia de lo que pasa, por ejemplo, con los deportistas.

En cuanto a las galerías podría hacerse una excepción, en Costa Rica, con las galerías Jacobo Karpio, Valanti y la 11-12. La primera ha representado a varios artistas (Joaquín Rodríguez del Paso, Miguel Hernández y otros que estudiaron en Nueva York, así como a Leonel González, quien es, seguramente, uno de los artistas que en estos momentos tiene mayor cobertura y proyección fuera de nuestro país), y las otras dos promueven comercialmente artistas (Jorge Jiménez Deredia y Fernando Carballo, por ejemplo), en especial dentro de nuestro país.

En cuanto al apoyo institucional podemos decir que éste es canal para la participación en bienales (como las de La Habana, Valparaíso o Sao Paulo), así como promotor de exposiciones colectivas fuera de nuestro país (se han hecho algunas en Miami con una selección de la Bienal Lachner y Sáenz en 1988 y la Costa Rica arte hoy que se llevó a cabo en 1990, así como otra gran muestra, Costa Rica en el arte, que circuló durante 1992-1993 en Alemania). A todo ello habría que sumar todas las exposiciones individuales que se realizan en el país, las cuales reciben una mínima cobertura local y absolutamente nada fuera del país. Nosotros como artistas hacemos grandes esfuerzos para realizar nuestras exposiciones, duramos un año preparándolas y el resultado es uno o dos pequeños artículos en la página “B” de la sección de culturales de algún periódico, con suerte un pequeño espacio en algún suplemento cultural y pare de contar. Se olvida la exposición y el artista queda con un gran déficit económico (puesto que montar una exposición implica una gran inversión, cuesta mucho dinero y lo que se recupera es casi nulo).

Es nuestra opinión que teóricos y críticos del arte no han aportado ninguna imagen positiva en el exterior. Poco o nada se sabe del país fuera de nuestras fronteras, ni siquiera en las cercanas Colombia y Venezuela, en donde el arte costarricense no se conoce, ya no digamos en Argentina o Brasil. Considero que desde 1985, cuando se crea la Galería Nacional de Arte Contemporáneo (GANAC), y más recientemente con la buena labor que hace el Museo de Arte y Diseño Contemporáneo (MADC), ha habido una sobrestimación muy fuerte por lo foráneo y un menosprecio por lo que se produce en el país; hay un cierto

complejo de inferioridad por lo que se hace aquí. En este sentido, cualquier cosa que viene de afuera es lo máximo y lo de Costa Rica se considera que es lo mismo de siempre. A pesar de que éste es un fenómeno que ha recrudecido en nuestros días, se viene arrastrando desde el siglo XIX, desde la creación del Teatro Nacional, y que se expresa en una famosa polémica entre Tomás Povedano y Enrique Echandi sobre lo que es o no es susceptible de ser fuente de inspiración para el arte nacional.

Por último, quisiera mencionar una falta de criterios valorativos justos de la crítica de arte nacional. Este es un punto delicado que considero que debe abordarse con profundidad en el futuro.

(*) Participación en la mesa redonda Aportes de los artistas a una agenda nacional de cultura, realizada en el contexto del coloquio La voz de los artistas al final del milenio, organizado por el Centro de Investigación, Docencia y extensión Artística (CIDEA).

(**) Pintor, escritor y curador del Museo de Arte Costarricense.

Semblanza (*). Oscar Chavarría Aguilar (**)



Julio Escámez; "El aguacero"; óleo sobre tela

Cuando se me solicitó una semblanza de mi gran amigo (pero amigo no muy grande), José Bogarín, todo entusiasmado saqué mis pinceles, mis pinturas y preparé un lienzo; me calcé una boina vieja que tenía por ahí y me vestí de una gabacha toda manchada de pintura pero ¡acharita!, lo que se quería era una semblanza verbal, algo así como uno de esos “retratos hablados”, que saca la policía de los malhechores fugitivos. Menos mal, porque lo único que he pintado en mi vida es una casa que otra.

Y pensándolo bien, ¿para qué queremos una semblanza pictórica cuando tenemos al "ojomeneado” (como decía el finado Tres Patines) aquí presente, en carne propia; y con algo más de carne de la que portaba cuando yo primero lo conocí, hace ya sus añillos. Además, ésta seria totalmente inadecuada: ¿cómo representar

en una pintura la hidalguía, el respeto al prójimo, la calidad y la honestidad intelectuales, la paciencia franciscana, la ecuanimidad? —yo nunca vi a José perder los estribos; yo, en cambio, suelo perder los estribos, la albarda y hasta la bestia—. ¿De qué color es la dedicación y qué matices visuales le damos al profundo cariño y respeto que todos le tenemos a José?

Va con el "retrato hablado", pues...

José Bogarin, o para llamar las cosas por su nombre: José Israel Bogarin Benavides (creo que hay un "Jesús" por ahí también, pero no estoy seguro dónde va) es herediano de purifica cepa; el Benavides lo delata. Dejó el ombligo en Heredia, hizo sus primeras letras en Heredia, se casó en Heredia y es padre de tres heredianitos; por sus venas corre sangre no roja, ni aun azul, sino rojiamarilla.

Cursó la primaria en la Escuela República Argentina, diagonal al parque de Heredia, y la secundaria en el Liceo de Heredia, con un año en el Mount Morris High School en el estado de Illinois. Yo conozco ese estado y me imagino los fríos que debe haber pasado el pobre herediano en ese invierno de 1961-1962.

Abandonó su nido herediano por segunda vez cuando ingresó a la Universidad de Costa Rica, y ésta le otorgó (porque se los ganó) los títulos de Bachiller en Inglés y Licenciado en Lingüística. Abandonó Heredia por tercera vez en 1979 para pasar fríos en la Universidad de Illinois (medio masoquista, el José) en donde, en 1981, se le otorgó la Maestría en Lingüistica. En ese mismo año 1979, el Consejo Directivo de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje hizo público y patente reconocimiento del valor de José, con un certificado de reconocimiento -y bien merecido- por sus contribuciones a ésta.

La historia de esta Escuela y, en efecto, de la Universidad, y la de José Bogarin están intimamente ligadas. José comenzó a ejercer la docencia en la Escuela cuando ésta y la Universidad misma apenas comenzaban a gatear luego de su metamorfosis de la antigua Escuela Normal Superior; con característico ahínco, ha ejercido múltiples cargos en el ámbito tanto de la Escuela como en el de la Universidad: coordinador de docencia, de investigación, miembro del consejo, comisión de evaluación, carrera académica, TEUNA y muchos más. Que yo recuerde, el único cargo que no ha ocupado (salvo, quizás, ad ínterim) es el de director de la Escuela, y esto lo atribuyo a su astucia herediana.

Pero la docencia y la investigación constituyen su primer amor y en éstas se ha destacado. Generaciones de estudiantes de inglés y de lingüística lo recuerdan con cariño y darán testimonio de su dedicación y su profesionalismo. La lingüística costarricense tiene su deuda y gratitud con José Bogarin.

José, la Escuela, la Universidad te echarán de menos pero seguirán pa'lante por los senderos que les has apuntado. Dejás un vacio imposible de llenar. Tus compañeros te extrañaremos, pero sabemos donde vivís, asi que...

Seguro de hablar en nombre de todos los presentes y de muchísimos ausentes, te deseo todo lo mejor en el futuro. Comprate una buena hamaca nicaragüense, la colgás en el corredor de tu casa y te echás ahí a rascarte la panza.

Y cuídate que de los buenos quedamos muy pocos.

Señoras y señores: nuestro colega y gran amigo, José Bogarin.

(*) Alocución leída en el acto de homenaje a José Bogarín con motivo de su jubilación.

(**) Exprofesor de lingüística del área de inglés en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional.

¡Salud, Julio! Rafael Cuevas Molina

Julio Escámez es un artista de cuerpo entero. En su casa de Barva de Heredia, a través de los anchos ventanales que ven hacia la ciudad que se extiende en lontananza, se le ve pintar incansablemente, armar enormes bastidores de madera, preparar los lienzos con fórmulas antiguas (milimétricas, exactas), lavar lentamente las cerdas de los pinceles.

Quien lo ve hoy desde lejos, iluminado por la luz de los reflectores que alumbran los cuadros monumentales o caminando, lentamente, hacia la pequeña tienda de barrio de la esquina, no intuye al viajero, al impenitente andarín que visitó lugares remotos (la India, China, Vietnam, Yugoslavia, Alemania, las altas cumbres de los Andes...), que se instruyó en escuelas de arte distantes entre sí y que pudo acceder al conocimiento de las artes populares más exóticas (las que tienen que ver con el tejido, con el enhebramiento paciente de los hilos de colores, con la confección de papeles transparentes) en busca, siempre, de verdades esenciales.

Julio Escámez es un eterno buscador, un perenne oteador de horizontes, un curioso que no duda en ponerse al camino para saber qué hay detrás de la montaña. Ahora que se ha asentado en esta tierra volcánica (puente sobre mares, istmo estrecho entre masas continentales), se ha construido una casa, una habitación ascética en donde duerme y lee las torres de libros que amontona paciente junto a los recortes que hace de los periódicos que recibe (de las noticias espeluznantes del fin de siglo, de las crónicas absurdas de las frivolidades humanas, de las frías estadísticas de la muerte, de la precariedad de la vida, de la multiplicación de los hechos). Tras la cortina de bambú que lo rodea (como una muralla verde), se atisba la luz con la que repasa las páginas, las letras, las palabras de sus libros queridos que lo informan y, al mismo tiempo, lo inflaman en su imaginación ardiente de viajero, de andarín, de recorredor de rutas antiguas que recrea para saberse parte de la especie, continuador de costumbres arcaicas, elemento de la esencialidad del todo humano.

Frente a Julio Escámez debe hacerse silencio, escuchar las historias que cuenta, las aventuras que recuerda, los rostros que describe. En la mesa redonda donde come, en donde recibe a los amigos con té, queso blanco, pan dulce y galletas, o bajo la sombra del bambú que ha plantado en el patio de su casa, Julio narra (dice, comparte, regala) y embelesa (tanto como con sus cuadros) a los que le rodean, a los que han subido las gradas que van escalando el pequeño monte en el que vive. Cuando Julio cuenta sus cuentos, cuando decide iniciar una historia, cuando empieza a develar la urdimbre que lleva grabada en las pupilas se oye a lo lejos el viento que pasa entre los árboles del bosque que se encuentra detrás de la casa en donde vive: se hace el silencio.

Julio Escámez ha estado entre nosotros desde hace más de veinte años. Pintó murales, llenó paredes de galerías, nos presentó a los imberbes, enseñó a los que no sabían, entendió a los necios y se sublevó (como siempre lo hizo) frente a lo que le pareció injusto (o mal hecho, o chambón, o inútil). Se hizo imprescindible para algunos e inaguantable para otros. Allí donde ha estado están su huella, su voz, su criterio y su posición clara. A Julio no lo tocaron los tiempos ambiguos (los de las medias palabras) que fueron sustituyendo, paulatinamente, el verbo de "las anchas alamedas" por donde esperaba que transitara el hombre nuevo. Por eso, a Escámez algunos lo vieron de soslayo mientras trabajó de maestro, de transmisor de experiencia, de paciente formador de espíritus y habilidades en esa pequeña universidad que hoy lo jubila, ignorante en gran medida de la grandeza que albergó entre sus precarias paredes.

Saludo al chileno Julio Escámez. Al amigo, al maestro, al compañero, al artista. Seguro como estoy de su valía, de su talla, de su tamaño, lo saludo. Contento por sus regalos (sus cuadros, sus historias, sus fiestas, sus silencios), lo saludo.

Alegre por el tiempo que ahora tiene para pintar, lo saludo. ¡

Salud, Julio!